

dad donde tuviera en el nacimiento un trono y en el entierro un cadalso. Vergniaud no pudo aquella noche pasada por el rey en la capilla dormir ni un minuto. La sombra del castillo de Hamlet se dibujaba en su retina febril. Los versos en que se refiere Sófocles la triste aparición del pobre Layo á su parricida Edipo, le vibraban en los labios, comunicados por la sombra del mártir muerto en la guillotina merced á su voto. Y todo esto, que sucedía en el corazón de los jueces, ¿con cuál razón mayor no sucedería en el corazón de las víctimas? A los primeros momentos la neurosis de Antonieta llegó hasta las convulsiones de una intensísima epilepsia, y las palabras llegaron hasta los espasmos de una furiosa demencia. La reina parecía loca. Pero luego, la imposibilidad material de intensidades nerviosas muy largas, la redujeron á un frío que parecía de muerte y á una inercia que parecía de cadáver. A cada paso creía tropezar con su esposo redivivo y á cada instante oír su voz sobrenatural. En tal situación se odia la vida y se apetece la muerte. Lucha el instinto de conservación propia con el deseo de abandonar una tierra tan perversa. De puro languidecer, Antonieta se hubiera dejado morir, á no pensar, como pensaba, en sus hijos, y de no amarlos con exaltadísimo amor de madre. Afortunadamente, las dos bellas criaturas, especie de ángeles acompañando el infortunio, la retenían en esta vida con cadenas de afectos y de recuerdos semejantes á cadenas de flores místicas. Aunque la pobre mucho malo hiciera en este mundo, resultaba expiación horrible. Poned el pensamiento en las salas de Versalles y en las cárceles del Temple. Recordad aquellas alamedas de leguas y aquellos bosques sin fin, y ponedlos frente á los patios húmedos y oscuros en que hasta los árboles parecían prisioneros. Ved esa estameña monástica que sucede á la regia púrpura; esas sandalias que reemplazan á aquellos zapatitos multicolores bordados de lenrejuelas, y en cuyos lazos relumbraban las piedras preciosas; esa pañoleta de jornalera con aquellos rameados tisúes de plata y oro, sobre cuyas reverberaciones caían los encajes de Flandes; la guarnición versallesa, que parecía formada de cortesanos, y el retén municipal, que parecía compuesto de verdugos; y decidme si al horror de la caída no se añade otro terrible horror: el horror de haber caído desde tan virtiginosas alturas en tan profundos abismos. Muros de ceñuda fortaleza; patios parecidos á calabozos; aire corrupto y raro; carceleros arrastrando sus manojos de llaves y diciendo sus blasfemias de costumbre, séres más siniestros que todos los sepultureros juntos, quienes dejan en paz á sus muertos y no los atormentan; juramentos horribles y dicharachos soeces penetrando por aquellas férreas puertas y por aquellos dobles paredones evocan el recuerdo de los días en que Antonieta juntaba la corte bajo los artesonados de Fontainebleau, rodeada de las figuras más bellas del Renacimiento; mecida por los ecos de las más dulces sinfonías; seguida de aquellas damas y caballeros compitiendo en gracia, lujo y cortesía; embriagada por el aroma que las florestas esparcían; á la vista de los estanques, parecidos á lagos, y al rumor de las selvas y de las aves, que se asociaban de grado á la universal adulación ante la presencia

de majestades, cuya desmedida grandeza ponía en sus frentes coronas de derecho divino y en sus pechos soberbia de reinantes dioses.

Muerto el rey á fines de Enero del noventa y tres, los meses, á su muerte subsiguientes, fueron meses de oración y de penitencia, la Semana Santa. Los cautivos del Temple reconocieron en aquella ocasión cómo consuela el dolor y cómo fortifica el ánimo la contemplación anual de aquel sacrificio consumado en las cimas del Calvario, á cuya virtud y eficacia debemos nuestra redención. ¿Cuál de los dolores, por la humanidad experimentados, no está contenido en la pasión del Salvador? Las enramadas y las aleluyas del pueblo pasan como el heno de las praderas, frescos por la mañana, mustios por la tarde. Las plamas del triunfo se truecan bien pronto en palmas del martirio. Los que hoy os declaran rey, mañana os prefieren Barrabás. Aquellos mercaderes, á quienes habéis echado del templo, concluyen por venderos; y aquellas oligarquías, que quieren mantener sus privilegios horribles, os compran por treinta dineros. ¿Dónde se halla el mortal que no lleve un beso de Judas en la mejilla? Todos hemos sido abandonados por nuestros discípulos. A todos nos ha negado alguna vez el amigo predilecto. Mil veces sudáramos en el huerto sangre. Mil veces viéramos bajar el ángel de la muerte con su cáliz de amargura en el puño y pedido á Dios preservara nuestros labios de su contacto acerbo. Cuántos sazones de la tiranía golpearon nuestros huesos y deshilaron nuestras carnes. Nuestros sacerdotes, como los fariseos de Cristo, nos han mentido un Dios en que no creían; y designados para romper nuestros hierros, se han á una convertido en ayudantes de nuestros verdugos. Falsos jueces nos han á muerte condenado y hecho crímenes nuestras más excelsas virtudes. El pretoriano se repartía las vestiduras de nuestro cuerpo como el pretor las ideas de nuestro espíritu. El destinado á nuestra dirección y gobierno hanos preguntado mil veces qué cosa era y dónde se hallaba escondida la verdad. Furias pontificias encerradas en el santuario se han revuelto contra nosotros con sus áspides de fuera y nos han mordido por haber dicho cómo se cuarteaba y al suelo venía el templo por sus vicios y sus sofismas derribado. La púrpura de nuestro imperio sobre la Naturaleza se ha trocado en harapo de mendigo; el cetro en irrisoria frágil caña; la corona en abrojos; el collar de nuestros privilegios en cuerda de nuestra garganta. Hasta que al sepulcro lleguemos no tendrá término nuestra calle de amargura. Al vernos pasar dicen los hombres de sus enemigos: éstos se creen hijos de Dios, y si lo son, ¿por qué no hacen milagros y rompen cuantos límites los encadenan y se lavan de todas aquellas culpas que los afean? Pero el destino ha de cumplirse. Una grande ignominia nos ha de pesar sobre las espaldas; una maldición ha de caer sobre la frente; clavos agudos traspasarán nuestras extremidades; el lecho de nuestros desposorios con la muerte será la cruz; y nos compadecerán más en nuestra horrible agonía las piedras del monte que las entrañas del hombre, cegados todos en su inteligencia por el despotismo. Así no hay consuelo comparable al que nos granjea

la contemplación ~~de los pasos~~ dolorosos de Cristo parecidos á pasos naturales de toda la Humanidad. Pasará la religión del poder, pasará la religión del combate, pasará la religión del triunfo; lo que no puede pasar es la religión del dolor, del sacrificio, del martirio hasta que no se acabe por completo el mal sobre la tierra y el mal nunca se acaba porque todas las cosas tienen su contingencia irremediable, su limitación perpetua, su fragilidad y su descomposición y su muerte donde se halla el mal de que ha participado en la religión cristiana por una de sus dos naturalezas nuestro divino Redentor.

El mes de Febrero y Marzo, que siguieron inmediatamente al mes de la inmolación del rey Luis, fueron meses de oración y de ayuno y de penitencia. La reina cogía su devocionario é iba siguiendo solícita desde su calabozo los pasos de la pasión y muerte del Salvador tal como los recuerda y los conmemora la Iglesia. Pero tras Febrero y Marzo, los meses de las nieblas y de los vientos, las semanas de Dolores y de Pasión, vino el mes de Abril con su Pascua jubilosa y sus aleluyas de resurrección. Por muy sólidas que fueran las paredes del Temple, por muy espesas sus celosías y enrejados, por muy ocultas é inaccesibles sus cárceles, algún quejido del ruiseñor enamorado, algún aroma de los rosales recién floridos, algún resplandor del éter primaveral penetraría en aquel abismo, donde se disipaban innumerables suspiros y caía un diluvio de lágrimas. Parece imposible: pero hasta en la soledad y apartamiento del Temple se conocía la transformación que á la diminuta personilla del pobre delfín llevara el haber entrado con su corriente número en la genealogía de los reyes franceses. Poco popular entre los realistas Luis XVI por conforme y resignado á su destino adverso, las ilusiones y esperanzas de los sectarios se prometían del niño inexperto é inocente lo que no podían prometerse del experto inmovible padre. La presión de fuera se conoció dentro del Temple, la presión de un espíritu tan extendido en Francia, como el espíritu realista, cual se conoce hasta en los sitios y lugares más preservados de los influjos exteriores la presión del aire. Las gentes no podían ver á la familia real cautiva, pues ni al jardín bajaba desde la muerte del rey, pero se acercaban á su vista, contentándose con el consuelo de saber que tras los negros pedruscos del Temple parecidos á moles de panteones, se ocultaba un rey de Francia, el décimoséptimo de los Luises reinantes. La realeza constituye una religión, y una religión tradicional, merced á sus dogmas consagrados, á la liturgia tradicional, á sus ceremonias cortesanas, á sus múltiples sacerdotes, á sus numerosos templos. Y como no hay religión positiva sin profetas, contaba la realeza con muy antiguas y muy numerosas profecías. A la cabeza de todas ellas se contaba un verdadero incunable, un libro escrito en latín macarrónico del cuatrocientos, donde constaban mil cosas vagas aplicables á todos los tiempos y países, en enigmas donde los reyes creyentes encontraban todo aquello que á la sazón del noventa y tres sucedía. Presentábase á las imaginaciones realistas extraviadas un príncipe mozo, coronado por una flor de lis, á quien se asignaba en lengua sibilina propia de Cumas ó Eritrea,

la providencial obra de aniquilar al hijo de Bruto. Para estos curanderos, astrólogos, alquimistas del mundo político, el mozo era Luis, la flor el cabalístico número diez y siete puesto sobre su nombre, y la derrota por su mano del hijo de Bruto, la derrota de aquella revolución, que había en sentir de los reaccionarios abortado el infierno. Y en este sentir coincidían desde los más encumbrados hasta los más humildes realistas. Y así reconocían á Luis XVII las Cortes europeas; lo aclamaban como su enseña las tropas coligadas extranjeras; el boyero de la Vendée convertía por él su arado en espada; el siervo adscrito á lo pasado forjaba para oponerse á su redención armas liberticidas con los hierros de sus cadenas rotas; el sacerdote de Jesús desde lo alto del púlpito y al pie del ara pedía el exterminio de los principios cristianos; y todo en honor y gloria del décimoséptimo Luis, festejado en letanías, cuyos acentos iban desde los calcinados escombros de las viejas fortalezas feudales hasta los claustros derruidos de las antiguas iglesias católicas. Y si esto pasaba entre los ciudadanos opresos por los reyes ¿qué no debía pasar en el ánimo de las dinastías? El pueblo contaba que las relaciones de los cautivos habían profundamente cambiado hasta su modo de vivir por la proclamación de Luis XVII. Decíase que cuando estaba solo en familia le dirigían tratamiento de majestad y le denominaban rey; que le improvisaban ocultos besamanos; que se reproducía en cuanto era posible la ceremonia de levantarse y acostarse todos los días el rey como si estuvieran en Versalles; que le dejaban el primer puesto en todas partes y le seguían como una especie de dios; que Antonieta soñaba con tener en su hijo un Luis XIV, y llegar hasta una regencia tan gloriosa como la regencia célebre de la inmortal Ana de Austria.

En todas las épocas revolucionarias pululan los exagerados propensos á los extremos. Desde Bouillet hasta Lafayette, desde Lafayette hasta Henriot, desde Henriot hasta Rossignol hubo entonces en Francia una serie de generales, cuyos primeros términos se confundían é identificaban á una con el absolutismo, y cuyos términos postreros con la demagogía. Y esta serie se veía en los hombres civiles más todavía que en los militares. Barnave daba la mano á los realistas desde su democracia; Mirabeau desde su patriciado y su realismo á la democracia; Roland y Vergniaud aparecían en la extrema derecha del partido republicano; en su verdadero centro Dantón; en su izquierda Robespierre; en su extrema izquierda Marat, y hasta en la extrema izquierda de Marat el tío Duchesne, ó sea Hebert, el representante odioso de la tiránica dictadura municipal; pareciéndose todos en desear el predominio de sus ideas y de sus personas, diversificándose tan solo en los grados de supuesta ó real libertad que creían aplicables á Francia. Ir más allá de Marat parecía imposible. Más allá de Marat iba el desalmado Hebert, para desdicha suya y desdicha de Francia. El terror maratista no dejaba de tener sus corazonadas y sus intermitencias. En estas corazonadas oíase alguna vez un latido bueno; en estas intermitencias períodos había de verdadera calma. En Hebert el terror era una consigna que no subía del corazón;

una escala para obtener las más altas cumbres de aquella desquiciada sociedad; un sistema de antemano dispuesto y parecido á la ordenanza militar, pidiendo, como las ordenanzas militares, una ciega obediencia. Impelido de semejantes móviles y sabiendo que sólo por criminal podía distinguirse, perseveraba en el crimen á la continua con una odiosa perseverancia. ¿En quién podía cebarse aquella criminalidad sistemática? En Antonieta. Y desde la muerte de Marat, nacido el terror, á perseguirla se consagra el malvado. Era la noche del veinte de Abril. Descansaba la dinastía en sueño profundo. Ninguna, entre tantas agoreras como la rodeaban, ofrecía síntoma y pródromo de nuevos disgustos. ¿Cuál no sería su asombro cuando, á lo mejor del sueño, lo interrumpe la entrada de hombres armados y presididos por el mismo Hebert en persona? Las princesas dejaron sus camas por pudor, y se vistieron unas á otras con rapidez. El comunero, circuido de sus sayones, ebrios unos, malcarados otros, todos mostrando la nativa perversión, aumentada por los odios demagógicos; sus gorros colorados á la cabeza y sus pipas negras á los labios y sus férreos chuzos en las manos; mal esclatados por linternas que les prestaban aires de fantasmas, leyeron un decreto municipal, cuya letra ordenaba se registrase la prisión regia con minucioso registro, y se llevasen al Municipio cuantos objetos se hubiesen allí encontrado, cuyo conocimiento pudiese á juicio de los comisarios convenir al mayor lustre y servicio de la reciente república. Armarios, baules, colchones, todo fué registrado. El Del fin ¡pobre niño! dormía con mayor profundidad, y fué sacado desnudo de su cama, en términos de quedarse yerto el pobre y exponerse á una verdadera pulmonía, impedida indudablemente por Antonieta, quien lo abrazó contra su seno y lo reanimó entre sus brazos. Los objetos requeridos con tanta vigilancia, tan á deshora, y encontrados por casualidad no valían la pena: un prospecto de comercio, un pedazo de lacre, un Sagrado Corazón de Jesús circuido de una leyenda mística por vivos y muertos, oración religiosa por Francia y la salvación de Francia; un libro de piadosas devociones con imágenes multicolores, las cuales representaban las telas del Corazón de María traspasadas por siete espadas sobre cuyas empuñaduras brillaban siete estrellas; documentos y papeles todos en armonía con las creencias de aquella familia, que aumentaban á diario, hasta rayar en supersticiosas y maquinales á medida que iban creciendo tantas y tantas tribulaciones. Mas, no era tan grave lo que sucedía en esta visita como lo que presagiaba esta visita; pues presagiaba que la supervivencia de Antonieta molestaba mucho á los ejecutores de su marido, quienes concluirían por ofrecer en las convulsiones del terror á los manes de sus mártires tan preciosa cabeza.

¡Pobre Antonieta! No pensemos en si eran merecidas ó inmerecidas sus desgracias; pensemos tan sólo en que desgracias eran, y desgracias crueles, tan ligadas por los atavismos y herencias imperiales con todos los tiempos y tan enormes por sus grandezas en el espacio que dirían borran los límites de las cosas y sucedían en la eternidad y en lo

infinito. No hay tarde tan triste como la tarde litúrgica del primero de Noviembre. Mientras las primeras nieblas caen de lo alto y los primeros cierzos del Norte soplan; esparcidas las hojas amarillentas sobre la tierra empapada de lluvia y desnudándose los árboles de su follaje al adiós de las golondrinas; todos los campanarios plañen á una con luctuoso acento la destrucción inevitable y universal; todas las campanas parecen plañideras titánicas; todas las iglesias y todos los sacerdotes se visten de luto; el sepulcro de los difuntos aparece como el principal objeto de la vida y el seguro puerto de los vivos; se vacían los hogares y se llenan los cementerios demostrando que hasta en los esplendores del éter y sobre las constelaciones de los más brillantes astros impera con imperio absoluto la muerte, hija natural del tiempo, señora y soberana del espacio. Pues en día tan triste, al eco del *Miserere* y del *Dies iræ* cantados en todas las iglesias; entre las evocaciones á los muertos nació la pobre Antonieta, para que fuese como un ataúd de luctuosa y triste su propia imperial cuna. Luego desde su nacimiento hasta su muerte la precedieron los genios elegiacos de la malaventura, llenando los aires de sus sombras y de sus lamentos. La viva y real historia de esta mujer infeliz se parece, rodeada de augurios y presagios nefastos, á una tragedia clásica ó á un drama romántico. Parece que hasta los seres inanimados se animan á su paso y lloran haciendo inconscientes horóscopos sobre sus tristes destinos. Veintitres años contaba cuando en Abril de setecientos setenta salía de la ciudad de Viena para la ciudad de París. Nadie creería, viendo el gesto y actitud de las gentes, que se trataba de una boda, sino de un entierro. El amor, que todo lo crea, era en aquella sazón llorado como si fuese la muerte que todo lo destruye. Los cortesanos austriacos no parecían un regocijado cortejo de boda; parecían un fúnebre cortejo de sepelio. Todos á una lloraban, los hombres como mujeres, las mujeres como esos símbolos de la tristeza que lloran eternamente sobre los sepulcros. Su madre, al separarse de ella, la trató, no solamente como á una hija que le diera la naturaleza; como á una pupila que le diera la razón de Estado. Tres días la tuvo incomunicada con todo el mundo y reclusa en solitario apartamento, cual si fuera un reo de muerte. Otro día lo pasó en el convento de Capuchinos al lado del sepulcro de su padre, emperador y rey. Consumió semanas enteras leyendo un libro por ella escrito y dictado por su madre, comentario á las instituciones y á la educación regia. Este libro debía ser consultado como el oráculo de Viena por la corte de París al comienzo de cada mes. Ordenábanse cuantos trabajos debía la pobre princesa todo el mes hacer, las veces que debía recluirse dentro de la conciencia para oirla después de haberla examinado; y las veces que debía, puesta de hinojos en el suelo, á Dios dirigirse con devoción en ardientes y sinceras oraciones. Maquinalmente había seguido en la prosperidad Antonieta estas intrucciones de su madre sin pensar lo mucho que debían sostenerla, consolarla, servirla en los tiempos adversos. Y bien lo habían menester las pobres cautivas, pues sus enemigos y perseguidores no se satisfacían de ningún modo con clavarles sus